



San Juan de Ávila 2014

Lecturas:

Heb 1, 1-9; 1 Pe 4,12-19. Lecc. V, n. 9, p. 325;

Jn 15, 9-17. Lecc. V, n.11, p. 362

Queridos hermanos en Cristo y en su Sacerdocio.

En esta celebración tan gozosa de la fiesta de San Juan de Ávila, patrón de los sacerdotes, os saludo con especial afecto y alegría a los queridos hermanos que celebráis hoy los cincuenta y los veinticinco años de vuestra ordenación: Ángel Benito Martín, Antonio Romo Pedraz, Aureliano Martín Flores, Evaristo Martínez Alegría, Fernando Martínez Suárez, Francisco Delgado Hernández, Félix Hernández García, Joaquín Martín Martín, José Labajos Alonso, Manuel Hernández Clavero, Manuel Pombo Suárez, Miguel Ruano Vacas, Jesús Jiménez Benito y Luis Martín Figuro.

El Señor nos ha ungido en Cristo con “*aceite de júbilo*” (cf. Hb 1, 9; Sal 45, 8) y nos exhorta hoy a acoger y cuidar el gran don de la alegría sacerdotal que nos ha sido dado con el sacramento de la imposición de manos (cf. 1 Tim 4, 14). Hemos sido ungidos con óleo de alegría para ungir con óleo de alegría al pueblo fiel de Dios; para ser servidores de la alegría del Evangelio, que “llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”(EvGa 1).

La alegría cristiana y sacerdotal tienen su fuente en el Amor del Padre: “*Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor... para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud*” (Jn 15, 9.11). El Señor desea que la alegría de este Amor "esté en nosotros" y "sea plena" especialmente en los sacerdotes. Él nos llena de gozo y aliento con su declaración de amistad: “*Vosotros sois mis amigos... soy yo quien os he elegido*” (Jn 15, 14.16).

Todos los presbíteros nos sentimos hoy gozosamente amados por Jesús, porque nos ha dado parte en su ministerio de lavar los pies de los discípulos (cf. Jn 13, 14-15), y nos ha entregado su Espíritu para continuar su misión y perdonar los pecados (cf. Jn 20, 21-23); porque con su poder nos ha enviado a anunciar el Evangelio, a bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 18-21) y a celebrar la eucaristía en memoria de él (cf. Lc 22,19; 1 Cor 11, 23-26). Y nos unimos hoy a la acción de gracias de quienes habéis mantenido la fidelidad en el ministerio durante 50 y 25 años y, junto con vosotros, renovamos con gozosa gratitud nuestra acogida de su elección y llamada al ministerio sacerdotal. En comunión de amor con Jesucristo queremos renovar hoy de nuevo nuestra alegría misionera en el anuncio de su Evangelio, contemplado con amor y leído en el corazón.



El Papa Francisco nos ha mostrado tres rasgos significativos de la alegría sacerdotal: es una alegría que nos unge, es una alegría incorruptible y es una alegría misionera.

Una alegría que nos unge. Es decir: que penetró en lo íntimo de nuestro corazón, lo configuró y lo fortaleció sacramentalmente. Y así lo expresan los signos de la liturgia de la ordenación: la imposición de manos, la unción con el santo Crisma, el revestirse con los ornamentos sagrados, la participación en la primera consagración. La gracia se derrama íntegra, abundante y plena en cada sacerdote y le unge hasta los huesos. Y el eco de esa unción es la alegría, que brota desde dentro.

Una alegría incorruptible. El inmenso Don recibido es fuente incesante de alegría: una alegría incorruptible, que el Señor prometió, y que nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16,22). Esta alegría puede estar ocasionalmente adormecida por el pecado o por las preocupaciones de la vida, pero, en el fondo, permanece como el rescoldo de un tronco encendido bajo las cenizas, y siempre puede ser renovada, según la recomendación de Pablo a Timoteo: “Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos” (cf. 2 Tm 1,6).

Una alegría misionera. La alegría del sacerdote está en íntima relación con el pueblo de Dios porque se trata de una alegría eminentemente misionera. La unción es para ungir al santo pueblo fiel de Dios: para bautizar y confirmar, para curar y consagrar, para bendecir, para consolar y evangelizar. Y como es una alegría que solo fluye cuando el pastor está en medio de su rebaño, también en el silencio de la oración, es una "alegría custodiada" por ese mismo rebaño. Incluso en los momentos de tristeza, en los que todo parece ensombrecerse y el vértigo del aislamiento nos seduce, esos momentos apáticos y aburridos que a veces nos sobrevienen en la vida sacerdotal, aun en esos momentos el pueblo de Dios es capaz de custodiar la alegría, es capaz de protegerte, de abrazarte, de ayudarte a abrir el corazón y reencontrar una renovada alegría.

Esta alegría del pastor es custodiada también por tres hermanas que la rodean, la cuidan, la defienden: la pobreza, la fidelidad y la obediencia.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana con la pobreza. El sacerdote es pobre en alegría meramente humana ¡ha renunciado a tanto! Y como es pobre, él, que da tantas cosas a los demás, la alegría tiene que pedírsela al Señor y al pueblo fiel de Dios. No se la tiene que procurar a sí mismo. Sabemos que nuestro pueblo es generosísimo en agradecer a los sacerdotes los mínimos gestos de bendición y de manera especial los sacramentos. Muchos, al hablar de crisis de identidad sacerdotal, no caen en la cuenta de que la identidad supone pertenencia. No hay identidad -y por tanto alegría de ser- sin pertenencia activa y comprometida al pueblo fiel de Dios (cf. EvGa 268). El sacerdote que pretende encontrar la identidad sacerdotal buceando en su interior quizá no encuentre otra cosa que señales que dicen "salida": sal de ti mismo, sal en busca de Dios en la adoración, sal y dale a tu pueblo lo que te fue encomendado, que tu pueblo se encargará de hacerte sentir y gustar quién eres, cómo te llamas, cuál es tu



Carlos López Hernández

identidad y te alegrará con el ciento por uno que el Señor prometió a sus servidores. Si no sales de ti mismo el óleo se vuelve rancio y la unción no puede ser fecunda. Salir de sí mismo supone despojo de sí, entraña pobreza.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana con la fidelidad a la única Esposa, a la Iglesia que nace de la fecundidad de nuestro ministerio. Los hijos espirituales que el Señor le da a cada sacerdote, los que bautizó, las familias que bendijo y ayudó a caminar, los enfermos a los que sostiene, los jóvenes con los que comparte la catequesis y la formación, los pobres a los que socorre... son esa "Esposa" a la que le alegra tratar como predilecta y única amada y serle renovadamente fiel. La Iglesia viva y concreta, que el sacerdote pastorea en su parroquia o en la misión que le fue encomendada, es la que lo alegra cuando le es fiel, cuando hace todo lo que tiene que hacer y deja todo lo que tiene que dejar con tal de estar firme en medio de las ovejas que el Señor le encomendó apacentar.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana con la obediencia. Obediencia a la Iglesia jerárquica que nos da la parroquia a la que me envía, las licencias ministeriales, la tarea particular, y que, además, nos edifica y mantiene en la unión con Dios Padre, del que descende toda paternidad. Pero también la obediencia a la Iglesia en el servicio: disponibilidad y prontitud para servir a todos, siempre y de la mejor manera. El servicio generoso del sacerdote hace de la Iglesia casa de puertas abiertas, refugio de pecadores, hogar para los que viven en la calle, casa de bondad para los enfermos, campamento para los jóvenes, aula para la catequesis de los pequeños de primera comunión. Donde el pueblo de Dios tiene un deseo o una necesidad, allí está el sacerdote que sabe oír y siente un mandato amoroso de Cristo que lo envía a socorrer con misericordia esa necesidad o a alentar esos buenos deseos con caridad creativa.

El llamado al ministerio sacerdotal ha de sentir que existe en este mundo una alegría genuina y plena: la de ser sacado del pueblo al que uno ama para ser enviado a él como dispensador de los dones y consuelos de Jesús, el único Buen Pastor. Él quiso asociar a muchos pastores a su ministerio para estar y obrar Él mismo, en la persona de sus sacerdotes, cuidando de los pobres, agobiados, oprimidos y excluidos de la tierra. En esta fiesta de San Juan de Ávila os invito a pedir al Señor Jesús que haga descubrir a muchos jóvenes el ardor del corazón que enciende la alegría de responder con prontitud a su llamada.

En esta fiesta de nuestro santo patrono os invito a rogar al Señor Jesús que cuide el brillo alegre en los ojos de los sacerdotes jóvenes y llene su corazón de su Amor, que los impulse a salir al mundo para entregar su vida al servicio del pueblo fiel de Dios y les haga sentirse felices en el ejercicio del ministerio diario. ¡Cuida Señor en tus jóvenes sacerdotes la alegría de quemar la vida por ti, para hacerlo todo nuevo contigo!

En esta celebración también pido al Señor Jesús que confirme la alegría sacerdotal de los que ya tienen varios años de ministerio y siguen llevando con fidelidad y amor



Carlos López Hernández

generoso el peso del diario trabajo pastoral. ¡Cuida Señor la profunda, sabia y madura alegría de los curas adultos!

Por intercesión de San Juan de Ávila, pido al Señor Jesús que resplandezca la alegría de los sacerdotes ancianos, sanos o enfermos. Es la alegría de la Cruz, que mana de la conciencia de tener un tesoro incorruptible en una vasija de barro que se va deshaciendo. Que sientan la alegría de ver crecer y pasar la antorcha a los más jóvenes. Que aprendan a presentir en la fugacidad del tiempo el gusto de lo eterno y saluden sonriendo la prometida esperanza que no defrauda.

La misión sacerdotal muestra el verdadero camino de la realización personal, a saber: la vida se alcanza y madura a medida que es entregada para dar vida a los otros. Por tanto, un cura buen pastor debe encontrar su alegría en dar la vida por las ovejas; y no debería tener permanentemente cara de funeral. Necesitamos recobrar y acrecentar cada día la alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Y Dios quiera que el mundo actual pueda recibir el anuncio de Jesucristo “no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo” (EvGa 10).

Nuestra alegría espiritual, como la de María, es una alegría en Dios, nuestro salvador, porque ha mirado nuestra humildad (cf. Lc 1, 47-48). El sacerdote es una persona muy pequeña que ha sido engrandecida con el don inconmensurable del ministerio en nombre y representación de Jesucristo. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas; por eso hemos de confesar cada uno como María: soy sacerdote porque Él miró con bondad mi pequeñez (cf. Lc 1,48). Y desde esa pequeñez asumimos nuestra alegría.

María, Madre de Jesucristo, el Evangelio viviente, ruega por nosotros y haznos capaces de llevar la alegría del Evangelio hasta los confines de la tierra; y que ninguna situación humana se vea privada de su luz.